



RAFAEL SABATINI

Susana de Bellecour

Poco antes del estallido de la Revolución Francesa, un hombre llamado La Boulaye es el secretario del Marqués de Bellecour. La Boulaye se ha embebido profundamente de la de Jean Jacques Rousseau y es un revolucionario en ciernes.

La Boulaye tiene la mala suerte de estar enamorado de la hija de Marques, Susana. Desafortunado, porque tal amor es imposible. Aunque es un hombre educado, el nacimiento de La Boulaye fue humilde y el abismo social entre ese hombre y la nobleza es muy amplio.

PRIMERA PARTE

LA ANTIGUA LEY

Éstos son:

Los que imponen la ley y todo lo pueden.

Aquéllos cuyo ceño consterna y cuya sonrisa exalta.

Los que brillan como el Arco Iris... pero acaso sus colores serán no menos efímeros.

Comedia antigua

CAPÍTULO PRIMERO

El señor secretario

ESTAMOS en Bellecour, en plena primavera, la primavera de 1789, tres meses escasos antes que la toma de la Bastilla diera que pensar a los nobles, haciéndoles comprender que los filósofos a quienes tanto habían desdenado, estaban muy lejos de ser los ociosos visionarios que ellos suponían.

La Boulaye erraba a orillas del arroyuelo, cuya límpida corriente alegraba el parque de Bellecour.

La larga silueta del paseante y lo sombrío de su ropaje no armonizaban con lo riente de aquel paisaje bañado de

sol. Pero bajo le negra chupa latía un corazón que cantaba no menos alegremente que las alondras del bosque por el que vagaba. Su traje negro sólo era la indicación externa del puesto que desempeñaba, nada menos que la secretaria del muy noble Marqués de Fresnoy de Bellecour, y por eso llevaba librea del color de la tinta, a la que debía su sustento. Su rostro era pálido, algo demacrado y pensativo, pero en sus grandes e inteligentes ojos brillaba el reflejo de una reciente felicidad. Llevaba debajo del brazo un tomo de las filosofías que Rousseau acababa de dar al mundo, y que tanto habían de contribuir al formidable cambio que ya estaba inmediato. Mas en aquel instante en su alma no tenían lugar los sueños metafísicos del viejo Rousseau. Su ánimo no estaba para ocuparse en los «Discursos sobre el origen de la desigualdad», que su codo apretaba contra el cuerpo. Más bien se inclinaba a divagar sobre cantos, poesía y visiones de luz; en su mente surgían espontáneamente rimas, que ofrecía con el pensamiento a su divinidad. Ésta era una juvenil belleza de ilustre abolengo, nada menos que la hija del poderoso magnate Marqués de Bellecour, el jefe, y él no era más que un secretario, una especie de escribiente, sí; pero un escribiente con un alma muy grande; un secretario con mucha fe en el porvenir que profetizaba el libro que sostenía bajo el brazo.

En tanto que sus pies hollaban la fresca hierba y las florecillas que la esmaltaban, su sangre aceleraba la circulación, enardecida por la brisa primaveral embalsamada por la fragancia de las espinas en flor y de la tierra húmeda. La dicha de La Boulaye parecía robustecerse con el alborozo que la primavera comunicaba a toda la Naturaleza. Una antigua balada brotó de sus firmes labios, al principio con timidez, y luego lo bastante alto para que la repitieran los ecos del bosque:

«Si le roi m'avait donné

París, sa grande ville,
 Et qu'il me fallut quitter
 L'amour de ma mié,
 Je dirais au roi Louis
 Reprenez votre París,
 J'aime mieux ma mié, O gai!
 J'aime mieux ma mié!»

El corazón de un enamorado tiene a veces extraordinaria jovialidad. Aquí tenemos uno, que solía propender a la austeridad y a los pensamientos sombríos, que cantaba alegremente en una hermosa mañana de primavera, sin más razón que la de haberle sonreído Susana de Bellecour, en los dos minutos de reloj que en la víspera estuvo hablando con ella.

—Es sobrada presunción por mi parte —dijo al arroyuelo, para contradecir acto seguido añadiendo—: ¡Bah!... Los tiempos cambian, y pronto seremos todos iguales, como nos hizo Dios.

Detúvose y sonrió pensativo. Al recordar la escena de la tarde última, acentuóse la sonrisa, acabando en franca risa, que espantó a los pajarillos de los inmediatos árboles, haciendo que levantaran el vuelo hasta la opuesta orilla. Mas, de súbito, interrumpió su carcajada, al oír que la voz más dulce del mundo preguntaba detrás de él a qué obedecía la intempestiva hilaridad.

A La Boulaye le faltó el aliento por un instante, y se puso aún más pálido de lo que la Naturaleza y el pupitre le habían hecho. Volvióse tímidamente y haciendo una profunda reverencia:

—*Mademoiselle*... Ya veo... que me habéis sorprendido —balbuceó como un tonto. Él, que no había tenido más amigos que los libros, ¿cómo podía saber el modo de portarse ante una mujer, y más si ésta, a pesar de Rousseau y

de todos los filósofos, pertenecía a la clase de los que por tantos siglos se reconoció como superiores?

—Pues celebro haberos sorprendido de tan buen humor, cosa, a fe mía, bastante rara, *monsieur*.

—Razón tenéis señora —asintió él cortésmente—. Sí, es cosa muy rara —y suspiró—: ¡*Helas!*

La risa se escapó de los frescos labios de la doncella, haciendo que el enamorado se pusiera rojo y pálido sucesivamente, mientras que, muy confuso, manteníase frente a día.

—Ya veo que ahora pensáis en lo rara que es la felicidad humana, cuando hace un instante estabais al parecer tan contento... ¿Acaso mi presencia ha nublado el cielo de vuestra alegría? —preguntó ella maliciosamente.

Él se ruborizó como una colegiala, apresurándose a protestar de tal suposición. Su afán de sincerarse le hizo hablar sin reflexión, y tal vez dijo demasiado.

—¿Vuestra venida, *mademoiselle*? —repitió como un eco—. ¡Oh, no! Si hubiera estado triste, vuestra llegada habría disipado mis pesares, como la salida del sol las tinieblas de la montaña.

—¿También poeta? —dijo ella en tono festivo y con un gracioso movimiento de cabeza que agitó sus negros rizos, mientras sus ojos azules lanzaban enloquecedoras miradas—. Jamás sospeché que lo fuerais. Os tenía por un erudito, pues mi padre dice que lo sois.

—¿No somos todos poetas en ciertos momentos de la vida? —contestó recobrando la serenidad ante la que amaba, y dejándose llevar por la pasión más allá de los límites de la prudencia.

—Y ¿en qué momentos nos suele atacar esa epidemia poética? —preguntó Susana—. Aclaradme ese misterio.

Sonrió él en respuesta a la jovialidad de ella, y cada vez con más ánimo contestó con un atrevimiento impropio de su carácter. En aquellos momentos parecía verdaderamente transformado.

—Nos ataca, *mademoiselle*, en alguna primavera como ésta; ¿no es la primavera la estación más apropiada para el amor, y no ha sido cantada por los poetas que han hallado inspiración en sus bellezas? Nos ataca sobre todo si estamos en el abril de la vida, y en nuestros corazones germinan los primeros capullos que más tarde serán espléndidas flores, rojas como el amor, y que esparcirán una fragancia, que es la mayor delicia que Dios ha concedido a los mortales.

La intensidad con que se expresaba y el propio sentido de sus palabras dejaron a la joven muda de admiración a la par que le produjeron cierta inquietud por algo adivinado, más que comprendido.

—Es decir, señor secretario —contestó ella, dejando que una sonrisa nerviosa vagara por sus labios—, que todo ese admirable lirismo es para dar a entender que estáis enamorado.

—¡Sí, encantadora dama! —contestó él; y ante su ardiente mirada, las de ella bajarónse al suelo con virginal timidez. Mas un segundo después, a punto estuvo de gritar alarmada, al ver que el libro de Juan Jacobo Rousseau rodaba por el suelo y que su dueño caía de rodillas a sus pies, exclamando—: Podéis creer que estoy enamorado, locamente enamorado de vos, *mademoiselle*.

Pronunciadas estas audaces palabras, extinguióse el valor del joven, sobreviniendo la natural reacción. Palideció, y un convulsivo temblor agitó su cuerpo, mas siguió de rodillas, observando furtivamente el rostro de su adorada. Vió que tomaba una expresión altiva, que fruncía las cejas y su respiración se hacía agitada, y todas estas señales le dieron a entender su condena, antes de que fuera pronunciada.

—*Monsieur!* respondió ella en tono más bien triste que enojado. ¿Hasta dónde pensáis llevar estos primaverales desvaríos? ¿Tanto habéis olvidado vuestra posición y aun la mía, que han bastado cuatro palabras y una sonrisa por mi parte, para que me habléis de esta manera? ¿Qué respues-

ta puedo daros, *monsieur*, pues no soy lo bastante cruel, para contestaros como merecéis?

El valor de La Boulaye tenía singulares alternativas. Un instante antes sentíase acobardado por la temeridad de sus propias palabras. Ahora que ella le reprochaba esta misma temeridad, se le agolpó la sangre a la cabeza, impelida por la vergüenza. En un segundo se puso en pie, dominando a su interlocutora con su alta estatura. Y las palabras salieron de sus labios cual abrasador torrente, con mucha más vehemencia que su anterior declaración amorosa.

—¿Mi posición? —repitió él, abriendo los brazos—. ¿Qué falta puede ponerse a mi posición?... Soy secretario, es decir, hombre de letras y caballero por derecho académico... No os riáis, señorita, ni os burléis de mí... ¿En qué me encontráis menos hombre que esos insípidos mequetrefes que llenan los salones de vuestro padre? ¿Es mi cuerpo menos esbelto? ¿No son mis brazos tan fuertes, mis manos tan diestras, mi ingenio tan vivo y mi alma tal leal? ¡Sí! —prosiguió con otro violento ademán de sus largos brazos—. Todo eso tengo, y, sin embargo, me despreciáis a causa de mi posición, cual acabáis de decir.

¡Qué profundamente le había herido! Toda la amargura que durante muchos años había almacenado en su alma la diferencia de clases desbordábase en aquel momento por sus labios. Recordó el sinnúmero de humillaciones sufridas, el desdeñoso tono en que le hablaban, como si el verse obligado a ganarse la vida con la pluma fuera una bajeza. Sus palabras, más que dirigidas contra el desaire que acaba de sufrir, iban encaminadas a toda la nobleza de Francia, que le negaba el derecho de llevar erguida la cabeza, porque no le habían traído al mundo *Madame la Duchesse*, *Madame la Marquise* o *Madame la Comtesse*.

Ante la mujer que acababa de despreciarle, expuso los pensamientos de la maravillosa transformación operada en él por las obras de los filósofos revolucionarios. El mismo, habíase calificado de presuntuoso, mas sólo hasta el mo-

mento en que ella se lo reprochó. Desde entonces, la presunción desvaneci6se en su concepto, y sostuvo que el amor inspirado por ella no era m6s que el efecto de su virilidad y tena derecho a manifestarlo.

Ella retrocedi6, poseida de un vago temor, pues el aspecto de 6l era poco tranquilizador. Adem6s, acababa de exponer ideas que le acreditaban de revolucionario, y en la sociedad a que ella pertenecia se despreciaba a los que profesaban tales doctrinas, pero tambi6n le habian ense6ado a temerlos, como a locos peligrosos que no es prudente excitar.

—*Monsieur* —tartamude6 ella recogiendo el traje de montar, de terciopelo verde, cual si se preparara para alejarse—, no sois el mismo. Mucho me apena que me hay6is hablado cual acab6is de hacerlo. Siempre hemos sido buenos amigos, *monsieur* La Boulaye. Olvidemos esta escena. ¿Quer6is? —Su tono estaba impregnado de conciliadora dulzura.

La Boulaye, que habia vuelto la cabeza, vi6 el tomo de los *Discursos* sobre la hierba y se inclin6 a recogerlo. La acci6n tenia algo de simb6lico. Por un instante habia renegado de sus ideales, para hablar de amor a una mujer, y ahora, rechazado por ella, volvi6 a Rousseau y con gesto de arrepentimiento recogia su obra.

—Estoy perfectamente cuerdo, *mademoiselle* —contest6 con calma el joven, cuyas encendidas mejillas eran la 6nica se6al externa de la pasada agitaci6n—. Sois vos la que ayer tarde, durante unos momentos, y aun esta ma6ana, no pareciais la misma y a ello se debe que yo haya hablado como lo he hecho.

—¿Que yo no parecia la misma? —repiti6 ella—. ¿Qu6 est6is diciendo, se6or secretario?

—Ayer y hace un momento os expresabais con tanta bondad... Vuestra sonrisa era tan dulce...

—*Mon Dieu!* —interrumpi6 ella con tono de enojo—. Ya veis a d6nde van a parar vuestras elevadas lucubraciones.

No puede una mujer sonreír, ni pronunciar un par de palabras afectuosas, sin que supongáis haber hecho una conquista. Ma foi! Vos y los vuestros sólo merecéis ser tratados como vasallos, puesto que a la primera atención que se os dispensa ya abusáis. Si se os tiende el meñique, os tomáis el brazo entero. Porque ayer os gasté una broma y hoy os he dirigido unas cuantas palabras amables, me pagáis con insultos...

—¡Basta! —interrumpió él, exaltándose de nuevo—. Eso es llevar las cosas demasiado lejos, *mademoiselle*. No es ningún insulto el decir a una mujer que se la ama, y el ser amado no es tampoco ningún baldón. La más miserable de las criaturas tiene derecho a adorar el mismo Dios que adora el rey, sin que la divinidad se ofenda por ello. ¿Pretenéis acaso que una mujer vale más que Dios?

—*Monsieur!*, hacéis preguntas que no estoy dispuesta a contestar, y tampoco quiero proseguir esta discusión. Basta con que me dé por ofendida, tanto por vuestras palabras, como por el tono en que me las habéis pronunciado. Siento tener que expresarme en términos tan duros, pero vuestra insistencia me obliga a ello. Dejemos ahora mismo esta cuestión y tened entendido que no deseo que se repita jamás, o me veré precisada a buscar la protección de mi padre o de mi hermano.

—Puedes requerirla desde este instante, Susana —dijo una voz desde el inmediato bosquecillo, cuyo sonido hizo estremecer a ambos, aunque por distinta causa; y antes de que se repusieran de su sorpresa. El Marqués de Bellecour presentóse ante ellos. Era hombre de aventajada estatura, y de unos cincuenta años de edad, pero su constitución era tan vigorosa y tan pulcro su atavío, que parecía más joven. Su rostro, de facciones regulares y altiva expresión, estaba cubierto de una palidez amarillenta y enfermiza, mas no por eso dejaban los ojos de ser penetrantes y la boca voluptuosa y en su bien peinado cabello negro apenas se veían algunos hilos de plata.

Avanzó lentamente, paseando la mirada de su hija a su secretario, hasta que preguntó:

—Y bien... ¿qué sucede?

—Nada, señor —contestó Susana—. Una cuestión baladí entre *monsieur* La Boulaye y yo, de la que no vale la pena de que os preocupéis.

—No es cosa baladí, señor —dijo a su vez el joven con voz de singular vibración—. Es que amo a vuestra hija y acabo de decírselo.

Decididamente, su atrevimiento no tenía límites aquella mañana.

El marqués le miró atónito, mas de súbito un vivo carmín coloreó su rostro, y sus gruesos labios se entreabrieron para exclamar:

—*Canaille!*... ¿Es posible que hayáis llevado tan lejos la insolencia?

Vestía traje de montar y su mano empuñaba una fusta, que blandió amenazador. Pero La Boulaye no se intimidó. Considerándose desde luego perdido, quiso, al menos, utilizar las pocas probabilidades que le ofrecía la época para sincerarse.

No ha habido insolencia ni presunción en el paso que he dado —contestó el joven, sosteniendo con firmeza las miradas de su jefe—. A vos os lo parece así, porque yo soy el secretario del marqués de Bellecour y ella la hija del mismo personaje. Ésas no son más que circunstancias fortuitas, en que nos hallamos por casualidad. Ella es mujer antes que hija vuestra, y yo hombre antes que vuestro secretario. Así, pues, no como secretario que habla con vuestra hija, sino como hombre que se dirige a una mujer, he dicho a esta dama que la amo. Todo hombre tiene el derecho de declarar su amor, y toda mujer que merezca este nombre ha de sentirse honrada al escucharle. En las épocas primitivas...

—¡Mil diablos! —exclamó el marqués, incapaz de contenerse—. ¿Hasta cuándo han de escuchar mis oídos esos re-

buznos?... ¡Miserable, plebeyo! ¡Aprende a respetar a tus superiores!

Restalló el látigo, y la delgada tralla, después de agitar el aire, descendió con fuerza sobre el rostro de La Boulaye. Éste lanzó un grito en el que había tanto dolor como sorpresa, llevándose las manos a la lastimada mejilla, y de nuevo cayó el látigo sobre ella. El joven, enloquecido, lanzóse sobre su agresor. Su estatura era igual a la del marqués, mas en peso le llevaba éste mucha ventaja. Sin embargo, en aquellos delgados brazos y muñecas aceradas había una insospechada fuerza nerviosa.

Mademoiselle de Bellecour, que permaneció inmóvil con los ojos espantados y la boca entreabierta, vió que la esbelta figura, ágil y fina, como un galgo, se arrojó sobre su padre, y un instante después el látigo había pasado a las manos del secretario, que, dando unos pasos atrás, se separó del noble, diciendo con trémulos labios y un dejo de decaimiento:

—Agradeced a vuestra edad, señor marqués, que no rompa este látigo en vuestras espaldas, en vez de hacerlo en mi rodilla —y arrojó los dos pedazos a las soleadas aguas del arroyuelo—. Pero exijo una satisfacción por esta injusticia —y señaló el verdugón que le cruzaba el rostro.

—¡Satisfacción! —repitió el marqués, ronco de enojo—. ¿Os atrevéis a pedirme una satisfacción, miserable?

—A vos, no —contestó el joven con cáustica sonrisa—. De nuevo os protegen vuestros años. Mas tenéis un hijo, y si mañana lo perdéis, consideraos como un asesino, a causa de esto —y otra vez señaló la infamante señal.

—¿Os proponéis, acaso, cruzar vuestra espada con la del vizconde? —preguntó el noble tan estupefacto, que casi olvidó el enojo.

—Eso, justamente, es lo que me propongo, *monsieur*. En los ejercicios de esgrima a veces le he vencido; puede que también lo consiga peleando en serio.

—¡Majadero! —exclamó el marqués con desdeñosa frialdad, pues ya iba recobrando el domino sobre sí mismo—. Si os atrevéis a acercaros a Bellecour, si os encuentran mis criados dentro del parque, haré que os maten a palos por vuestra insensata pretensión. Conservad lo dicho en la memoria, señor secretario, y evitad estos lugares como si estuvieran apestados. Venid, Susana —añadió volviéndose hacia su hija—. Sobrado tiempo hemos dedicado ya a este *canaille*.

Y ofreció la mano a la joven, que le siguió sin dirigir ni una sola mirada a La Boulaye.

El secretario permaneció en el mismo sitio, muy pálido (salvo la roja línea trazada por el látigo), y con el corazón dolorido. Una vez apagado el momentáneo fuego, dábase cuenta su verdadera situación. Un amante desdeñado, un hombre ultrajado y un secretario despedido. Miró tristemente al tomo de *Los Discursos* y por primera vez puso en duda la clarividencia del viejo Juan Jacobo. ¿Había... habría alguna vez medio de cambiar el régimen actual?

Ya habían ocultado los árboles las figuras del marqués y de su hija a las miradas de La Boulaye, y él joven revolucionario se encontraba solo... Muy solo... Carecía de familia y últimamente su único interés en la vida, aparte del que siempre le inspiró el filósofo ginebrino, había sido el observar a Susana de Bellecour y adorarla en silencio y a distancia. Pero al presente, había perdido también esas migajas de felicidad. Tenía que alejarse del castillo, renunciar para siempre a verla y él la amaba... la amaba... la amaba...

Alzó los brazos al cielo con un suspiro que casi era un sollozo; ocultó después el rostro entre las manos, y al tropezar sus dedos con el inflamado verdugón que tanto le escocía, borráronse de su mente las ideas de amor, para ser substituidas por las de venganza, y dijo en alta voz:

—Pero esto me lo pagaréis... os lo juro.

Giró en redondo, apretando *Los Discursos* contra su cuerpo... y con paso tardo siguió el curso de las brillantes

aguas.

CAPÍTULO VII

LA BOULAYE SALDA UNA DEUDA

LA Boulaye contaba con un buen amigo en la aldea de Bellecour. Era éste el viejo Duhamel, maestro de escuela del pueblo; un poco excéntrico, algo pedante, e incondicional admirador del inmortal Juan Jacobo. A su casa acudió el joven, en busca de consejo acerca de su porvenir, que en aquellos momentos tenía un aspecto asaz lúgubre.

Encontró abierta la puerta de la casa, y cruzando el portal llegó hasta la principal habitación de la vivienda. Mas detúvose vacilante en el umbral. El aposento estaba lleno de endomingados campesinos, y el centro de atracción lo constituía un buen mozo de curtida y saludable tez, cuyos rubios y rizados cabellos estaban medio cubiertos por un ladeado sombrero de fieltro, galoneado con cintas de múltiples y vivos colores.

Al verle, recordó La Boulaye que Charlot se casaba aquel día. Muy popular entre las hembras por su buena planta, y entre los hombres por sus buenos puños, Charlot Tardivet era muy querido en toda la comarca, como lo atestiguaba la muchedumbre que se había reunido en casa del maestro de la escuela, para acompañarle en el acto de la boda. Duhamel, que casi sobrepujaba al señor cura, respecto a lo paternal de sus sentimientos hacia los aldeanos, había abierto sus puertas para recibir a los amigos del novio, y La Boulaye sintióse conmovido por esta nueva prueba de la bondad del hombre cuyo buen corazón había apreciado en tantas ocasiones. Pero al joven le pareció que en aquella regocijada reunión no había sitio para él. Dadas las circunstancias en que llegaba, con las señales de violencia impresas en el rostro, su aparición sólo serviría para